

Cuaderno en memoria del periodista don Jacinto de Ontañón

Don Jacinto

BURGOS A MITAD DEL SIGLO XIX, SEGÚN UN GRABADO DE LA ÉPOCA

G-F 4930

burgos, 1933.

edición limitada, fuera del comercio



otro - nuevos Quijote y Sancho - ; la alegría de sus deseos en el más ardiente
tico castellano, son cosas que se han perdido en el fondo de los ojos de los
viejos, y que solo resalten cuando una voz respedica las llama.

Porque lo mejor de la obra de Jacinto Ontañón, como lo mejor de toda
obra periodística, ha quedado en el periódico, en ese papel que al día si-
guiente cuando más para hacer revolanderas a los

JACINTO ONTAÑÓN

o vida de un periodista.

Artículos serios, sus secciones de noticias tituladas «De proveis et prove», sus
comentarios municipales encabezados «En el Olimpo»... Que en esta nueva
edición del título y de la resurrección de la palabra noticiada es también
los

Nos hemos dado buena cuenta, todavía, de cómo era el siglo XIX?
¿Hemos buscado algo más que su color y su perspectiva, algo más que su
estampa, graciosa de evocar? ¿Hemos parado a pensar, alguna vez, en su
silencio, en su espantosa sordera, en su vulgaridad, de la que únicamente
sabía bien el artista y eso gracias a la afiligranada escalera de su barroca
fantasía?

Si no lo hemos hecho, practiquémoslo ahora. Pensemos, por ejemplo,
en cómo fué, en cómo tuvo que ser de aislada y extraordinaria y hasta de
pintoresca, la vida de un periodista situado en pleno siglo XIX, metido en
aquel ambiente de aleluya. En cómo tuvo que ser de animosa la vida de un
escritor de provincias sin otra profesión que esa: la del periódico. En cómo
tuvo que sostenerle la vocación a través de tanto amarillear de sol y de
tanto ir y venir de amigos políticos y de enemigos circunstanciales y de tipos
de Larra. En cómo habría de defenderse del frente único de campanas un
hombre liberal y periodista de mil ochocientos
y pico.

Y estamos en mitad del caso de Jacinto
Ontañón, mi padre, «liberal de antaño», Vo-
luntario de la Libertad, para quien no valieron
ofrecimientos de cargos ni empujes de amistad.
Para quien no hubo otra vanagloria que la de
su sinceridad y su zumbonería. O sea la de su
propia vida, volcada en uno de los primeros
periódicos humorísticos de España: «El Papa-
Moscas», del que todavía se acuerdan los viejos
de hoy, con repentino rebrillar de ojos.

La gracia del riente muñeco de madera
dialogando con su escudero Martinillo en la alta
bóveda de la Catedral burgalesa, sobre todo
aquel mundo de piedra secular; la finura de
las sentencias de uno y los dicharachos del



Jacinto Ontañón

otro — nuevos Quijote y Sancho — ; la alegría de sus decires en el más auténtico castellano, son cosas que se han perdido en el fondo de los ojos de los viejos, y que solo resaltan cuando una voz rapsódica las llama.

Porque lo mejor de la obra de Jacinto Ontañón, como lo mejor de toda obra periodística, ha quedado en el periódico, en ese papel que al día siguiente se usa para envolver lo cuando más para hacer revolanderas a los chiquillos.

Ahí están sus «Sinfonías», sus «Campanadas», sus «Chafalditas», sus artículos serios, sus secciones de noticias tituladas «De brevis et breve», sus comentarios municipales encabezados «En el Olimpo»... Que en esta nueva agilidad del título y de la resurrección de la palabra anticuada, es también Jacinto Ontañón un precursor «meritísimo», como en su época se llama a los hombres notables.

Conquistó Madrid antes de la llegada de los bohemios aparisiénados. Se presentó allí con su traza jacarandosa de jefe político o matador de toros, con su aire desenfadado de periodista, y perteneció a los principales periódicos de la época. Yo no guardo de entonces más que recortes amarillentos de «El Imparcial» y de otro periódico que pudo ser «El Globo» o «El Mundo» o quién sabe si «La Iberia».

Porque es el caso que yo, su hijo, soy el menos capacitado para hablar, no por las razones sentimentales que no me atañen en este caso, sino por no haber llegado a conocerle en mi mayor edad, puesto que desapareció de nuestra mesa cuando yo tenía justamente trece años. Y porque él, auténtico periodista de su siglo hasta en el desorden propio, apenas si nos dejó nada de su obra. Unos papeles amarillentos, unas anotaciones hechas en sobres o en secantes, escritas con lapicero; muchas colecciones de periódicos y libros, y ni un solo ejemplar de sus obras.

Eduardo de Ontañón.

TABLA BIO- BIBLIOGRAFICA

1845. — Nacimiento, 11 de septiembre. En Burgos.

Estudió latín y humanidades en el Instituto de Burgos, cátedra de don Rosendo de Calonge.

Meritorio del Gobierno de la Provincia.

Jefe de 1.ª clase de 1.ª de la Sección de Fomento.

Presidente del Ateneo de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Burgos.

Presidente de la Sección de Declamación del Círculo de Lope de Vega.

Vocal de la Comisión de Monumentos, Agricultura y Estadística.

Secretario exactor del Liceo de Burgos.

Académico correspondiente de la Cervántica Española.

Caballero de la Orden de Carlos III.

Condecorado con la cruz de 1.ª clase de Saboya.

Profesor de la Academia de Huguét.

Director de los periódicos políticos y literarios «El Eco Popular», «El

Independiente», «El Eco de Burgos»,

«El Papa-Moscas».

OBRAS:

1867. — «La Virgen de las Viñas», leyenda en verso. (Imp. de Revilla, Burgos).

1879. — «A ratos perdidos», poesías. (Vict. Suárez, Madrid).

TEATRO:

«Llueven novios», «¿Es usted de los míos?», «Me gustan todas», «Lo que puede una mujer», «Bienaventurados los que cobran».

1917. — Fallecimiento, 17 de agosto. En Burgos.



Casa de la Llana de Afuera en que nació

3 ANTIGUOS TESTIMONIOS

1. - EL PRIMER PERIODISTA BURGALÉS DE LA ÉPOCA, por Anselmo Salvá.

DIRECTOR de «El Papa-Moscas» y primer periodista de Burgos, tanto por su antigüedad — aunque no es viejo — como por sus méritos y servicios, es Jacinto Ontañón, conocido como la ruda y tan cortado para el oficio, que difícilmente se podría presentar otro con condiciones más favorables.

Ontañón es la gran persona, fresco y gordo para satisfacción de la carne, soltero y libre para satisfacción del espíritu, vive por su periódico y para su periódico, sin que el trabajo le fatigue ni los disgustos le entristezcan. Con el carácter más simpático, la conversación más amena, las bromas más chistosas y los dicharachos más chocantes, es recibido gustosamente en todas partes y solicitado de no pocas. No se sabe cómo se arregla para adquirir noticias y estar de todo enterado, pues cuenta en el periódico y en amistosas conversaciones todo lo que sucede, sin que se le haya visto en el sitio de la ocurrencia. Los mismos concejales a quienes á caso censura, le buscan para darle detalles de la sesión; los mismos diputados a quienes probablemente nunca ha elogiado, procuran ponerle al corriente de los asuntos de la provincia. Va, viene, entra y sale como quien no sabe en qué pasar el tiempo, y esas entradas y salidas, esas idas y venidas, son para él, sin embargo, de más utilidad que las del animalejo de la fábula. Trata con las primeras autoridades en lenguaje de guante blanco, y con los fieles de puertas o los escribientes de la Diputación en estilo de americana y hongo. A todo se acomoda, con todos se aviene, para todos tiene atención, palabras y alguna *cuchufleta* o *chafaldita* como él dice; y si los señores que por detrás murmuran de sus actos le consideran y le piden indirectamente un *bombito* en «El Papa-Moscas», los hombres del pueblo que por detrás y por delante le ponen en las nubes, se vuelven locos de júbilo cuando se presenta. El asiste a toda clase de sitios, actos y funciones, si bien tiene y manifiesta sus preferencias; y así se le puede encontrar en el cafetín de barrio tomando su cerveza con algún extraño tipo, como en el salón aristocrático politiqueando con cualquier senador del reino. En su compañía es

trabajoso el andar por las calles porque a cada paso diez le paran, treinta le llaman y doscientos le saludan. Y parece imposible cómo resiste el chaparrón de preguntas, de consultas y de advertencias que suelen hacerle las clases populares, y cómo sufre que el uno le pida que hable de ésto, el otro que diga algo de aquéello, el de más acá que zurre bien a Fulano y el de más allá que no se ocupe tanto de Mengano. Para sus asuntos propios, para la manera de vivir ni tiene régimen ni le desea; es bohemio, como los antiguos literatos, y el desorden, la desigualdad, las variaciones engordan sus carnes y refrescan su corazón.

Pero lo notable es el modo como redacta «El Papa-Moscas». Teniendo como tiene redacción, y no mala, aunque un tantico revuelta, no escribe en la redacción ni la vigésima parte del periódico. Enjareta medio artículo en la mesa del «Suizo» y otro medio en una banqueta de «Candela», cuatro sueltos sobre las cajas de la imprenta y otros cuatro sobre el asiento de algún paseo. En el sábado suele pasar apuros porque hasta que llega el viernes no ha de acordarse de que tiene que llenar las interminables columnas de su semanario. Y las llena a tiempo, y nada se le olvida, y todo lo expresa como si hubiera estudiado el criterio que a cada cosa conviene, gracias a sus recursos y sus tretas.

Para el periódico escribe en prosa y en verso, pero por lo que escribe para el periódico no se le puede juzgar en el terreno de la literatura. Anda de prisa, medita poco y comete, de vez en cuando, alguna falta, más bien por descuido que por ignorancia. Además, él quiere que su periódico tenga siempre un estilo determinado y que dé gusto a todos y que para todos sea interesante. Y a la fuerza ha de haber en él estribillos y cuartetas y chanzonetas y chirigotadas, porque de otro modo «El Papa-Moscas» no sería «El Papa-Moscas», ni Ontañón su profeta y guardabolsa.

En donde se debe examinar al escritor es en los trabajos que compone con calma para otros periódicos o para alguna revista. Y resulta de ese examen que Ontañón posee un entendimiento claro, pronto y sagaz; una imaginación limpia, viva y fecunda; una *vis* cómica feliz, un juicio recto y seguro y un corazón noble y sano. Si no tiene un gran fondo de ideas porque estudia muy a la ligera, aunque piensa bastante por cuenta propia, tiene, en cambio, caudal variado de imágenes y figuras y una facilidad de expresión como se encuentra en pocos hombres. Y como, por añadidura, es



Caricatura en «Madrid Cómico»,
por Cilla

muy aficionado a la lengua castellana y la conoce y la usa muy bien, sus artículos serios, sus opúsculos, están perfectamente escritos y se leen con sumo agrado. Cuando compone versos no diremos que sea poeta del todo, pero aunque a algunos parezca mentira, siente mucho, así es que expresa el amor con ternura, la fe con entusiasmo, las penas con lágrimas. Es también autor dramático, puesto que hace ya bastantes años se representaron dos o tres piezas cómicas de su cosecha, piezas de buen corte y de buen diálogo siquiera no muy correcto de intención, movimiento y efecto, pero que denuncian la inexperiencia o poca práctica.

De todas esas cualidades, méritos y circunstancias se deduce que Ontañón es de la madera de los periodistas, que es además muy buen literato, que sería gran autor dramático si cultivara el género y que, literalmente, lo peor que hace a sabiendas es «El Papa-Moscas».

† **Anselmo Salvá,**
CRONISTA DE BURGOS.
(De «Burgos a vuela pluma», 1889).

2. - JACINTO ONTAÑÓN, por Sinesio Delgado.

Dirige *El Papa-Moscas* y prueba su talento
la fama que ha alcanzado por toda la nación;
es fino e ingenioso y agradable y atento...
¡Y para mí quisiera la gracia de Ontañón!

(«Madrid Cómico», 10 de diciembre de 1887).

3. - ONTAÑÓN - ENRIQUEZ Y ARIAS DE MENDOZA (JACINTO), por Manuel Martínez Añibarro y Ribes.

Nació en Burgos en 11 de septiembre de 1848, de una familia ilustre (procedente de Eudon, Duque de Aquitania; Fernando V de Aragón; Fadrique Enriquez, Almirante de Castilla, y otros). Ha ocupado, entre otros destinos, el de Jefe de Fomento en Burgos; actualmente se dedica a la prensa periódica, habiendo fundado los periódicos políticos y literarios *El Eco Popular*, *El Inde-*

pendiente; *El Eco de Burgos*, *El Noticiero*, y *El Papa-Moscas*, que ha entrado en el año 13.º de su publicación.

- 1.ª *La Virgen de las Viñas*, leyenda en verso; un vol. en 4.º.—Burgos, 1862, imprenta de Revilla.
- 2.ª *A ratos perdidos*, colección de poesías; un vol. en 4.º.—Madrid, 1879, imprenta de Victoriano Suárez. (Hay dos ediciones).
- 3.ª *Llueven novios*, juguete en un acto.
- 4.ª *Lo que puede una mujer*, ídem.
- 5.ª *¿Es usted de los míos?*, ídem.
- 6.ª *Bienaventurados los que cobran*, ídem.
- 7.ª *Me gustan todas*, ídem, en colaboración con don Alfredo Lacalle.
- 8.ª *Artículos y poesías*, insertas en periódicos de la Corte y de provincias, y principalmente en los periódicos mencionados y Almanaque de *El Papa-Moscas*, de los que fué y es colaborador casi exclusivo.

(«Intento de un Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Autores de la provincia de Burgos», obra premiada por la Biblioteca Nacional. — Madrid, 1889).

NOTICARIO

● No fué sólo *El Papa-Moscas* uno de los primeros periódicos humorísticos de la época, con el sentido zumbón y campechano que por entonces se tenía del humorismo, sino que burla, burlando, llevaba encima las inquietudes más serias y raras en el tiempo. Fué en él donde se publicaron las primeras notas históricas y arqueológicas que, sobre la provincia de Burgos, después señalada como una de las más ricas de España en tales aspectos, habían de ver la luz en un periódico local. La portada románica de Miñón, el valle de Valdivielso, la iglesia de Moradillo, las ruinas de Clunia, y la mayoría de las cosas que después hemos creído descubrir, estaban ya señaladas en sus columnas periodísticas.

● Junto a tanta inquietud artística y erudita, llevó siempre Jacinto Ontañón sus proyectos de mejoramiento material para ciudad y provincia. Una de las campañas más sonadas y conseguidas en este aspecto fué la de repoblación pinariega de los cerros burgaleses del Castillo y San Miguel, entonces duros y secos como calveros, hoy alegres y prometedores.

● Otra de sus más importantes iniciativas locales desde el periódico fué la de organización de la hoy llamada «Fiesta de la Enseñanza», ahora insustituible en los programas de Festejos. Se celebró la primera con carácter de «certamen pedagógico» el año de 1888, contribuyendo la mayoría de los maestros y maestras de la provincia burgalesa. El programa estaba avalado por *El Papa-Moscas*, y redactado y firmado por Jacinto Ontañón, su director.

● En *El Papa-Moscas*, que más que un periódico local llegó a ser el boletín de inquietudes de toda la región, escribieron en sus comienzos y colaboraron con asiduidad los que después fueron y son más destacados valores castellanos. Recordemos a don José de Laserna, don Celso Lucio, don Manuel S. Celma, don Narciso Alonso Cortés, don J. Martínez Rives, don Manuel M. Añíbarro, don Isidro Gil, don Anselmo Salvá y otros. Estos nombres se unían a los de Taboada, Pérez Zúñiga, Pérez Nieva, Dicenta, Rueda, Del Palacio, etc., cuya colaboración aparecía frecuentemente en el periódico.

● En vida de Jacinto Ontañón y por iniciativa del diario de Burgos *El Castellano*, se reunieron los periodistas burgaleses para hacer un homenaje a su decano, consistente en dar su nombre a una de las principales calles de la población. Copiamos de un recorte de periódico madrileño que tenemos a la vista: «No tuvo el señor Ontañón ambiciones políticas; pudo serlo todo, pero abnegadamente se sacrificó para defender con más libertad a su querida Burgos, la ciudad castellana que evoca los días más gloriosos de la historia patria. Nosotros creemos que no basta con darle nombre a una calle; el homenaje debe ser más popular, a la altura de los merecimientos del insigne periodista burgalés». Nada llegó a realizarse, sin embargo, porque el propio Jacinto Ontañón, hombre extremadamente sencillo, rehusó el homenaje en una carta abierta dirigida a los organizadores.

● Al cumplirse el XV aniversario de su muerte, el año 1932, los periódicos burgaleses *Trabajo* y *República* hicieron muy calurosos recuerdos de la figura del ilustre periodista con motivo de un tema de periodismo burgalés, entonces de actualidad. Hemos de recordar aquí principalmente un editorial publicado en *Trabajo*: «Las calles sobre la mesa», y un artículo firmado por «Fernán», en *República*, titulado «Un hombre: una obra».

A L B U M

DON JACINTO ONTAÑÓN Y ARIAS

HE aquí una institución burgalesa; el decano de los periodistas burgaleses; el insustituible en la redacción del periódico *El Papa-Moscas*, pues cuando pasó a otras manos, dejó de ser *El Papa-Moscas* de las chilindrinas, chafalditas, sinfonías, campanadas y parraleras de Ontañón, que le hacían ameno, gracioso y simpático y con una facilidad de expresión extraordinaria, lo mismo en prosa que en verso, que a mí me llamaba mucho la atención, pues hasta las sesiones del Ayuntamiento le servían de materia de inspiración poética.

Sostuvo numerosas campañas en pro de la ciudad y de la provincia; publicó la *Biblioteca del Papa-Moscas*, *Colección de Monografías, artículos históricos, arqueológicos, humorísticos, etc.*, interesantes para Burgos y su provincia, y una serie de trabajos sobre higiene, enseñanza, agricultura, historia y bellas artes, que con menos méritos han concedido a otros la cruz de Alfonso XII.

Más de cincuenta años estuvo consagrado al periodismo, al que tenía una vocación tan invencible como la que demostró otro periodista burgalés infatigable, don Francisco Vega de la Iglesia, y para el que poseía cualidades envidiables de energía, talento, dignidad y honradez que no le consentían en lo más mínimo faltar a la moral, como yo tuve ocasión de admirar en cierta ocasión.

Desde muy joven dió muestras de su genio poético remitiendo composiciones al semanario *El Papa-Moscas*, en su primera época, que debió durar del 1866 al 1870, cuando era dirigido por don Cesáreo Hernando, llamado *El Sastre de mala tijera*, y redactado por éste, don Vicente García, don Ramiro Avila, con el pseudónimo de «Mercurio», y don Calixto Avila, que hacía también de editor. Suspendida la publicación de este periódico, quiso Ontañón que llevase su mismo



Primer número de «El Papa-Moscas»

nombre otro periódico que quiso fundar en 1878, previa autorización de la anterior empresa, representada por don Calixto Avila, que se la concedió, y por eso, el encabezamiento de su primer número decía así: «*El Papa-Moscas*.—2.ª época.—Marzo 3, de 1878.—Núm. 1.—Periódico satírico». Después de muchas vicisitudes que sería muy largo el enumerar, terminó definitivamente tan simpática publicación el 11 de enero de 1920, sobreviviendo cerca de tres años al señor Ontañón, que falleció inopinadamente el 17 de agosto de 1917, a los 72 años de edad, pues había nacido el 11 de septiembre de 1845.

Pero su radio de acción se extendió también a otros campos, y así dirigió *El Eco Popular*, *El Independiente*, *El Eco de Burgos* en 1874, y más tarde el *Boletín del Ateneo de Ciencias y Artes de Burgos*, el *Noticiero Mercantil* y *La Correspondencia Eclesiástica*; publicó en 1867 *La Virgen de las Viñas*, leyenda en verso, y en 1879 en Madrid y en Burgos, sus poesías tituladas: *A ratos perdidos*; también hizo sus asomadillas al teatro escribiendo los juguetes cómicos *Es usted de los míos*, *Lo que puede una mujer* y *Bienaventurados los que cobran*; y en colaboración con don Alfredo Lacalle *Llueven novios* y *Me gustan todas*. Por fin, dió a la luz pública *Burgos y su provincia, fundación, historia, monumentos, hechos gloriosos, descripción, etc.* (Artículos de varios escritores antiguos y modernos, recopilados por la redacción de *El Papa-Moscas*, periódico de Burgos, y regalo a sus suscriptores). De este trabajo no tengo noticia publicara más que cuatro tomos desde 1898 a 1904. También solía regalar a los mismos suscriptores *Almanaques de El Papa-Moscas* confeccionados por el mismo escritor.

En prueba de la buena amistad que nos unió, le dedico este recuerdo y como pequeño testimonio de mi afecto.

Domingo Hergueta.

MI justa desconfianza no me permite hacer una semblanza del gran amigo desaparecido; me limito más bien a un ligero apunte; quiero ser breve como la vida. Tres lustros hace que la muerte se le llevó. ¡Pobre amigo! Estas líneas, por ser mías, no tienen otro valor que el del sincero y bien arraigado recuerdo al excelente compañero, al caballero castellano, al que luchó contra la vida y luchó con escasa fortuna, aunque siempre se reconoció en su pluma un numen del más fino temple.

Hombre sencillo, sin ambiciones, dispuesto siempre a todo lo bueno. Reunía la cualidad de ser un digno ciudadano, modesto en su trato y verdadero amante de su Burgos. De ideas puras y avanzadas, un liberal sin careta, de los de antaño. Así fué mi amigo del alma, el caballero castellano Jacinto Ontañón.

Manuel Izquierdo,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA DE DIBUJO, DE BURGOS.

El maestro

JACINTO ONTAÑÓN

EVOCAR la noble figura del fundador de *El Papa-Moscas*, y el recuerdo de aquel burgalés infatigable, trabajador y guardador celoso de los intereses morales y materiales de la antigua cabeza de Castilla, es resurgir a la feliz adolescencia que un casi septuagenario vislumbra todavía al través de los años, de las emociones de ventura y de aflicción...

Eramos unos mocosetes a quienes el perínclito don Liborio, el pasante de la Escuela que dirigía don Toribio, en la calle de la Paloma, enseñaba a leer, cuando lográbamos la dicha suprema de ver nuestros nombres publicados en letras de molde, gracias a don Jacinto Ontañón, que publicaba en *El Papa-Moscas* charadas fáciles, cuyas soluciones nos apresurábamos a llevar a las librerías de Calixto Avila o a la de Santiago Rodríguez o a la droguería de Barriocanal, para que el popular semanario insertase los nombres de los victoriosos.

Mas mozos ya, estudiábamos en el Instituto, latín con Camarero, geografía con Martínez Rives, retórica y poética con Besson; Burgos seguía siendo la ciudad del tararí de los cuarteles y del tantantan de los templos; el del arenero *Cardenita*, filósofo a su modo, que replicaba con una oportuna ironía a toda cuchufleta de las que desde balcones y ventanas disparaban sobre él fregonas dicharacheras; el del viviente poema callejero de don Isidoro, el pobre médico demente, que recorría la ciudad seguido a poca distancia de su infeliz padre, efigie palpitante de sublime sacrificio, de santo amor paternal; el del maravilloso Nacimiento que en las fiestas de Navidad deslumbraba a las familias de los clientes de su prodigiosa industria morcillera *la tía Gila*; el del puesto de pastaflores, chupones y otras golosinas de *la tía Manuela*, bajo los arcos de la



Ejemplar de «El Eco Popular», uno de los periódicos políticos que dirigió

Casa Consistorial con el cajón-garita mirando al Espolón o a la Plaza, según soplase el viento Norte o Sur; el de las chispeantes *Sinfonías* de *El Papa-Moscas*, en fin, en las que Martinillo sostenía ingenioso diálogo con el legendario personaje que rige y bosteza las horas desde su balcón de nuestra Catedral...

Este Burgos de mis recuerdos juveniles, cuya visión aureolada por la magna grandeza era la que burla burlando, reflejaba en amena y fácil prosa la pluma del maestro Jacinto Ontañón, y aunque otros ingenios lanzaron a la calle hojas semanales—*Don Javier* y *El Sereno*, por ejemplo—, ninguno alcanzó la cariñosa popularidad de aquel *Papa-Moscas*, lozana y graciosa crónica de la ciudad de los Jueces de Castilla, crónica que significaba labor intensa, castellanismo puro y fervor periodístico que adjudica legítimamente al que fué fundador y director de *El Papa-Moscas*, el patriarcado de la prensa burgalesa. ¡Lloro a su nombre!

Angel María Castell.

JACINTO ONTAÑÓN visto por un amigo

NUESTRAS continuas tertulias en casa de Ocejo, me hicieron conocer a aquel hombre bueno. Decano de los periodistas, jamás en sus amenas charlas, en que demostraba conocer las tramoyas políticas, le oí la frase menos deprimente para las personas que en ellas intervinieron. Era un hombre *bien educado* en el buen sentido de la palabra y jamás en sus anécdotas aparecía ni una miaja de hiel...

Las críticas de su famoso *Papa-Moscas*, son una prueba de ello; siempre ático, comedido, pero transparente.

Su manera de escribir, inconfundible, castiza y nada petulante y siempre concisa.

Recuerdo una tarde en que charlando de *omni se civili se* hizo conversación de la América española, salió, ¡cómo no!, el nombre de Juan Garay, fundador de Buenos Aires, y era de ver cómo defendía el origen burgalés del esclarecido conquistador. Para él era indudable su nacimiento en el valle de Trespaderne.

Francisco P. de Viñaspre.

por Lisardo Blanco; El Ceceo, revista estudiantil, que redactábamos varios
escuelas del Instituto; Boas de Burgos, El Fomento, El Progreso de Ca-
villa y el humanitario Don Javier, que fundé y dirigí con la colaboración
de amigos y compañeros... A esa enumeración, hecha a vuelo pluma y
por ello, seguramente incompleta, hay que añadir los nombres de escri-

UN PERIODISTA ILUSTRE

El último tercio del pasado siglo XIX fué el período de iniciación fecunda de la prensa periódica burgalesa. La convulsión transcendental de la revolución de Septiembre con su libertad de pensamiento y de imprenta, al producir honda huella en la península, señaló también en Burgos los nuevos rumbos progresivos de la propaganda y la publicidad.

Muchos fueron nuestros paisanos que se preocuparon de esta moderna fase de la vida española y castellana; de ellos quedamos pocos, añorando aquellos tiempos románticos que nos parecen mejores porque acariciaron nuestra juventud y pasaron para no volver.

No fué Burgos el pueblo de Castilla donde menos repercutió aquel movimiento encarnado en la letra impresa. Sin recurrir a más archivo que el de mi memoria, dado lo breve de esta nota, recordaré algunas de las más salientes publicaciones y conocidos periodistas, *amateurs* casi todos, de aquella época en nuestra ciudad.

En forma de revistas y periódicos populares, vieron la luz: *El Caballero de la Triste Figura*, *El Civilizador* y *Figaro*, del catedrático Martínez Rives; *La Voz de los Treinta*, de una Sociedad de jóvenes literatos y artistas; *La Crónica de Burgos*, de información, que se transformó por Sainz de Zaitegui en *Crónica de Vinos y Cereales*; *Caput Castellæ*, que dirigió e inspiró el hoy exministro de Instrucción Pública, Francisco Aparicio y Ruiz; *La Fidelidad Castellana*, que inspiraba el canónigo Metola; *El Orden Público*, órgano del republicanismo zorri-llista revolucionario, orientado, redactado y colaborado por Collantes, Fernández Izquierdo, Méndez Ibáñez, Vicente García (sátiro), Duque y Merino, García de Quevedo, el que suscribe y otros correligionarios; *La Familia*, primera revista científica, literaria y deportiva con fotografías; *El Porvenir*, dirigido



Los Voluntarios de la Libertad, de Burgos, entre los que figura Jacinto Ontañón como tercer Alférez

por Lisardo Blanco; *El Genio*, revista estudiantil, que redactábamos varios escolares del Instituto; *Ecos de Burgos*, *El Fomento*, *El Progreso de Castilla*, y el humorístico *Don Javier*, que fundé y dirigí con la colaboración de amigos y compañeros... A esa enumeración, hecha a vuela pluma y, por ello, seguramente incompleta, hay que añadir los nombres de escritores como el clásico Zacarías Casabal; el cronista del Ayuntamiento Anselmo Salvá; el crítico de dramaturgia y tauromaquia José de la Serna, asiduo redactor de *El Imparcial*, de Madrid, en sus mejores tiempos, con el pseudónimo de «Aficiones»; el crítico de Arte, de no menor competencia, agrídulce a veces, cáustico a ratos, Leocadio Cantón Salazar; el poeta de las multitudes, Manuel Sainz Celma; el expositor de la interpretación exotérica del *Quijote*, militar Baldomero Villegas; el profesor José Pinedo Lacasa, bajo el pseudónimo de «Isaac del Pino», y más y más que se esfuman de este fugaz esbozo.

Pero es de justicia destacar el popularísimo semanario *El Papa-Moscas*, con su inseparable Martinillo y a su creador y padre legítimo el eximio escritor y periodista burgalés, fundador también y colaborador de otros importantes periódicos, literato y poeta, Jacinto Ontañón y Arias, cuyo nombre simboliza la prensa de esta ciudad. El tipo de aquél semanario satírico, humorista y costumbrista de la buena cepa, es digno de la antología castellana de la edad clásica, por el casticismo de su carácter y limpieza y diafanidad de su estilo.

Aquel alegre y profundo dialogar de ambos extraños personajes no se ha borrado ni se borrará fácilmente de la memoria de sus lectores.

Jacinto Ontañón, con su labor continuada y benemérita, atenta siempre a honrar a su país y a procurar en el orden espiritual y material sus mayores bienandanzas, consiguió realizar el milagro de hacer, durante muchos años, consustancial su *Papa-Moscas* con el pueblo burgalés, acostumbrando a éste a interesarse y perseverar en la lectura de la hoja volandera y habituando a la letra de molde hasta a los más reacios y analfabetos, por lo que merece su nombre eterno galardón.

Este y aquellos otros primitivos esfuerzos han venido a culminar y condensarse en las actuales publicaciones el *Diario de Burgos* y el también diario *El Castellano*, que llevan larga vida y que con tres semanarios, *República*, *La Libertad* y *Trabajo*, representan a la excelsa ciudad histórica en el palenque español de la prensa mundial.

Burgos seguirá ensanchando sus horizontes culturales y abriendo camino, cada día con mayores posibilidades y positivas esperanzas a la evolución, uniformemente acelerada del progreso político, económico y social.

Mas para ello no debe ser olvidado nunca el ejemplo y la ejecutoria de los hombres más preclaros de la historia gloriosa de este pueblo.

A JACINTO ONTAÑÓN

Gratitud

Los recuerdos, al influir en el espíritu, mantienen viva relación entre lo de ahora y aquello que en otro tiempo se grabó en el alma, aunque alguna vez la pasión abulte hechos que en realidad no pasan de vulgares; pero, si la memoración cae dentro del sentir general, no cabe hipérbole y entonces el relato se ajusta a la verdad. Así, con el respeto que impone la condición del memorado, diré escuetamente que Jacinto Ontañón fué precursor de hechos que luego han venido a ser necesidad espiritual; esto acontece con las excursiones que persiguen emociones nuevas ante la naturaleza o el arte.

Los artículos de cordial intimidad que Ontañón escribía, encarnaban amor a Burgos, ponderando la suntuosidad de sus monumentos y la belleza del agro burgalés, literariamente poco exaltado. ¡Cuántas veces, contra la menguada opinión de muchos, aducía esplendideces de esta tierra y con alma de poeta celebraba un amanecer en Carcedo o un atardecer en Arroyal! No le atraía el tópicos de la Castilla árida, sintiendo, por el contrario, las dulzuras de su naturaleza. Con la escopeta al hombro y siempre espiritualmente activo, recorría laderas, subía cuestas, bajaba a las vegas y a los llanos y volando sobre la rasa vulgaridad gozaba los encantos de nuestro calumniado terruño. Amaba al árbol como nadie y contrastaba la planicie augusta del páramo con la frondosidad ubérrima del valle, determinando matices insospechados. Fué por esto él, quien primero me trazó el camino de Valdivielso, pasando por los altos de Villalta y Pesadas, vigías avanzados del «Paraiso burgalés».

Así fué creando ambiente propicio al turismo mucho antes de que existiese el Patronato Nacional, siendo también Ontañón precursor en gustos arqueológicos, visitando los más destacados valores del románico burgalés, señalando ábsides y portadas hasta entonces desconocidos.

Con tales méritos, inherentes a mi vocación, desapareció para siempre aquel hombre bueno. ¿Cómo no dedicarle un recuerdo de gratitud?

Allá va pues, con la admiración para el artista, el respeto a su memoria.

Marceliano Santa María,

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

EN 1909 se celebraron en Salamanca los memorables juegos florales hispano-lusitanos, muy diferentes a lo que suele ser esta clase de concursos, casi siempre vulgares y adocenados. Tuve la satisfacción de que, mientras se concedía a Salvador Rueda el premio de la poesía española y a Eugenio de Castro el de la portuguesa, a mí me adjudicaron el de la prosa española por un estudio sobre la literatura regional castellana. El trabajo — que sigue inédito y lo seguirá siempre, porque para ver la publicidad necesitaría hoy amplísimas adiciones — consta de 350 nutridas páginas, a pesar de lo cual, para examinar, aun a vista de pájaro, la literatura de todas las provincias de Castilla y León, hube de dedicar a cada autor poquísimas líneas.

De Jacinto Ontañón, después de citar a varios poetas burgaleses, ausentes de su pueblo natal, decía lo siguiente:

«De los poetas que en Burgos residen, merece citarse en primer término el veterano Jacinto Ontañón, popular en toda la provincia por su periódico *El Papa-Moscas*, que lleva 32 años de publicación. Ya en 1867, cuando tenía Ontañón sus 19 años, dió a la estampa su leyenda zorrillesca *La Virgen de las Viñas*, basada en un episodio local del tiempo

«En que España
con los moros departía,
y a cada paso añadía
a su blasón una hazaña».

«En 1879 publicó un tomo de poesías serias y festivas, titulado *A ratos perdidos*, en el cual, con una versificación fácil y flúida campaban las composiciones más variadas, desde el tierno madrigal *A Clori*, hasta las estrofas *A una literata*, donde, después de muy saladas razones, termina diciendo:

«Y aunque de poetisas ni poetas
jamás fuí consejero,
más vale que dejaras esas tretas,
y la sal con que adobas tus cuartetos
la echaras al puchero».

Después de esto escribió Ontañón cinco obritas cómicas para el teatro, «piezas — como dice Anselmo Salvá en una silueta que de nuestro autor traza — de buen corte y de buen diálogo, siquiera no muy correcto; de intención, movimiento y efectos, pero que denuncian la inexperiencia o poca práctica». Fundado *El Papa-Moscas*, Ontañón se entregó a él por completo, llegando en ocasiones a redactarle casi sin auxilio de ninguna otra pluma. Sus famosas «Campanadas» tienen verdadera gracia.

Esto, y era bien poco, decía yo de Jacinto Ontañón, a quien desde mis años de estudiante profesaba vivo afecto. Fué *El Papa-Moscas*, uno de los primeros periódicos en que colaboré y ya se sabe el amor que uno siente hacia aquellos periódicos que dan albergue a sus primicias, generalmente menguadas. Desde entonces Ontañón me remitía gratuitamente *El Papa-Moscas*, y yo esperaba el número semanal como agua en mayo. No menos generosidad debía de tener con otros muchos colaboradores y amigos y así se explica que *El Papa-Moscas* tuviera, a la vez que merecida popularidad, no muy cuantiosos rendimientos. La desaparición de *El Papa-Moscas*, nos causó a muchos verdadero sentimiento.

Los que conservamos encendido el culto a Castilla, tenemos bien presente a Jacinto Ontañón y a otros beneméritos castellanos, hoy apenas evocados en una región que no sólo hace los hombres y los gasta, sino que los olvida. Loados sean estos nobles y dignos recordatorios.

Narciso Alonso Cortés.

JACINTO de Ontañón.

Emotivos recuerdos.

La juventud de mi padre querido y la juventud de Jacinto de Ontañón se enlazaron en fervorosa amistad.

Era en aquellos tiempos, también, mi padre periodista. Propietario y director de *El Imparcial*. Efímera vida.

De aquella época quedó sobre el corazón de mi pobre padre la ilusión suavemente adormecida. Y de aquellas horas sobresalía el nombre de Jacinto de Ontañón.

Admiración.

Cariño.

Amistad de burgalés.

En su habitación, en uno de los cajones de un viejo bargueño, guardaba mi padre cuidadosamente varios números de *El Papa-Moscas*.

En los días tristes del invierno y cuando ya el invierno pesaba sobre su alma, rejuvenecía con la lectura del popular semanario burgalés.

— ¡Esto es escribir!

Exclamaba jubiloso. Y leía en voz alta, velada por la emoción, las frases ingeniosas, las bromas, las palabras que saltaban como risa de agua.

Burbujeante y buena.

Que así eran las bromas que el ingenio chispeante de Ontañón vertía en *El Papa-Moscas*.

Reía de Burgos y de las cosas de Burgos como la madre ríe del hijo, como la enamorada ríe del enamorado.

Risas que son emoción. Risas que son cariño.

Jacinto de Ontañón era un enamorado de su pueblo.

Sus escritos lo demuestran claramente.

Todos llevan el mismo objetivo; van impulsados por el mismo deseo.

Que Burgos sea conocido; que sus bellezas sean admiradas.

Muchas páginas tuyas han sido, son y pueden ser guía de interesante turismo.

El nombre de Jacinto de Ontañón ha estado largos años en olvido.

En estos días salta la feliz ocurrencia de tributar homenaje a su memoria.

Para ello mi padre hubiera trazado unas líneas...

Con emoción me apresuro yo a enviar esta cuartilla, que a falta de otro mérito va firmada por el nombre que no podía faltar en el homenaje tributado a la memoria de aquel entusiasta burgalés que se llamó Jacinto de Ontañón.

María Cruz Ebro.

HOSPITALIDAD BURGALESA

HAN pasado muchos años. No puedo precisarlos. Basta decir que yo tendría unos treinta años y hoy paso de los setenta.

Dirigía yo por entonces una revista literaria semanal, alternando con mi profesión de abogado. Con motivo de asuntos periodísticos habían mediado afectuosas cartas entre el director de *El Papa-Moscas*, Jacinto Ontañón, y yo.

Como siempre andaba abrumado de trabajo, hartado de pleitos y causas y de urgencias periodísticas, los veranos hacía un paréntesis en mis ocupaciones, casi siempre en junio, y organizaba un viaje más o menos largo, según los ahorros con que contaba.

No conocía a Burgos, y como gran aficionado a monumentos antiguos y cosas añejas, sentía ardientes deseos de visitarlo. Confieso que en ello entraba también deseo de conocer al activo director de *El Papa-Moscas*.

Según mi costumbre fijé mi itinerario. De Málaga a Madrid y de Madrid a San Sebastián, deteniéndome en Burgos y Vitoria. Pensado y hecho.

Anuncié mi visita al señor Ontañón y éste empezó a demostrarme su amabilidad esperándome en la estación.

Casi puedo asegurar que desde aquel momento no se separó de mí. Me dijo:

— Me propongo ser su cicerone en Burgos.

Y lo fué.

No bastaron ruegos para que no abandonase sus ocupaciones. Antes por el contrario, a quien no abandonó fué a mí.

¡Qué mañana tan deliciosa pasé oyéndole detallar las bellezas que esa Catedral encierra!

Como en todas partes era conocido, no hallábamos obstáculos para verlo todo con detenimiento y facilidades.

No sentí el cansancio, pues era tan



Oficio de un Comité burgalés de la primera República nombrando a Jacinto Ontañón adjunto al mismo.

grata la conversación de mi buen compañero que el tiempo pasó como un soplo.

Dos días permanecí en la incomparable Burgos, tesoro de joyas artísticas y de gloriosas tradiciones y me separé con pena.

Allí se afirmó mi amistad, que siempre fué sincera y que sólo acabó con la muerte del notable periodista.

Cuantas veces he vuelto a Burgos he echado muy de menos la agradable charla de aquel cicerone de honor. Hoy, al enterarme de que piensan dedicarse algunas cuartillas a don Jacinto, es mi deber cooperar a ellas, recordando aquella grata compañía y bondadosa hospitalidad que le debí en mi primera visita a Burgos.

Narciso Díaz de Escobar.

CUANDO YO era niño leía *El Papa-Moscas*, pues en mi casa, como en todas las de Burgos, era familiar aquel semanario.

Y conservo fresco desde aquella época el recuerdo de dos secciones: la «Sinfonía» y las «Campanadas».

Ya de mayor tuve ocasión de tratar admirativamente a quien escribía aquellas cosas que tanto me gustaban.

Jacinto Ontañón era un hombre bueno, conversador amenísimo, viviente diccionario de anécdotas y sucesidos burgaleses y narrador infatigable de cosas de Burgos, sobre todo las referentes a la caza, a la que fué impenitente aficionado.

Parece que le estoy viendo con las espaldas apoyadas en la farmacia de Llera, con su eterna sonrisa y su inseparable bastón.

Fué un hombre que marcó una época en la ciudad. Todo el mundo lo conocía, lo saludaba y lo quería. Su recuerdo y el de su periódico-fundidos en uno solo—no se borrarán de la memoria de los burgaleses.

No se puede olvidar a un hombre que pasó por la vida lleno de bondad y que la endulzó con las sales de su ingenio.

Jacinto Ontañón debe ser el nombre de una calle de Burgos, de su Burgos, por quien tanto trabajó.

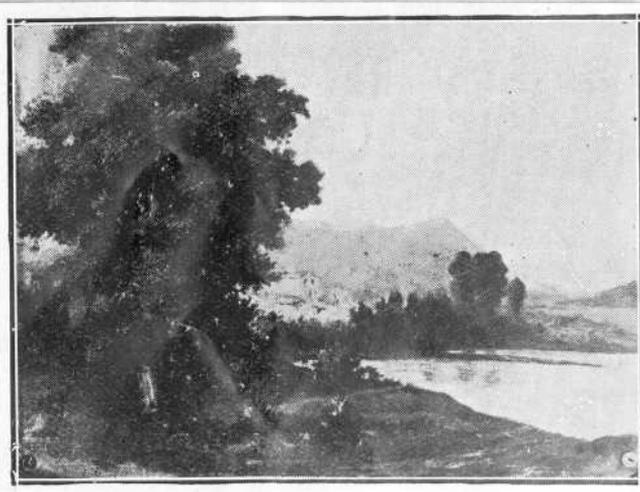
Cardiel.

magnífico. Misericordia. Fue menester, años más tarde, que se viera postado con gravísima dolencia para que, estirado en el dolor y el formidable amago de la Parca, fijase bella y sabiamente en el pentagrama el sublime salmo de David. Don José, agobiado con sus lecciones y ensayos, sólo de paso, generalmente, para unos momentos en la tertulia. Todo Burgos quería...

RECUERDOS DE UNA TERTULIA

A los pocos días de llegar a Burgos, donde habría yo de pasar bastantes años de mi vida, mi buen amigo don Valero Vidarte, beneficiado-tenor de la Catedral, presentóme en una simpática tertulia que tenía lugar en la relojería de los reputadísimos hermanos Oejo. Formábanla respetables y atrayentes personas. Los habituales contertulios, a más de los dichos hermanos, que gozaban de merecida fama por sus grandes conocimientos mecánicos e ingeniosas y utilísimas invenciones, eran el citado don Valero, don Francisco P. de Viñaspre, afamado organista de la Catedral, el bondadosísimo y competente maestro don José de Artola, quien tantas glorias y laureles conquistara al frente del Orfeón Bungalés años atrás, y, finalmente, don Jacinto Ontañón, director del celeberrimo periódico *El Papa-Moscas*, en quien, según todos decían, se acumulaban en grado supremo todas las dotes y cualidades que distinguen y demarcan al verdadero periodista. Su periódico, transponiendo los límites provincianos, había ganado una gran popularidad en la vida periodística española.

Los hermanos Oejo, atentos siempre al movimiento científico del mundo, daban noticia de todo aquello que más pudiera interesar a la natural curiosidad de nosotros. Don Valero, ameno conversador, tenía siempre algún relato o tema que cautivara nuestra atención. Don Francisco no había compuesto aún su



Paisaje de Valdviuelso. — Oleo de Jacinto Ontañón, también pintor.

magnífico Miserere. Fué menester, años más tarde, que se viera postrado con gravísima dolencia para que, estimulado su estro por el dolor y el temible amago de la Parca, fijase bella y sabiamente en el pentagrama el sublime salmo de David. Don José, agobiado con sus lecciones y ensayos, sólo de paso, generalmente, paraba unos momentos en la tertulia. Todo Burgos quería y veneraba a don José, arquetipo del varón justo y bondadoso...

El contertulio que más cautivó mi atención fué el célebre periodista. Era el oráculo de la reunión. Hablaba poco, sobriamente; mas eran sus palabras tan precisas y atinadas, que prevalecían siempre por su eficacia suatoria. De ideas opuestas, en varias e importantes materias, a las de sus contertulios, las sustentaba con tan íntegra sinceridad y nobleza y exponíalas, cuando era menester, con tan pulcra y elegante sencillez y de manera tan deferente para el discrepante, que aun los más opuestos escuchábanle embelesados.

Don Francisco, buen latinista, ensalzábame siempre la justeza gramatical y el casticismo del verbo de don Jacinto.

Así en la historia contemporánea de España como en la de Burgos y en todo cuanto se relacionara con la literatura, don Jacinto, siempre que se le interrogaba — que él de suyo jamás pontificaba ni hacía alarde de su vasto saber — respondía siempre con encantadora sencillez y certero juicio.

Si mucho admiraba yo a don Jacinto como escritor, tanto o más me atraía y ganaba la nobleza y ecuanimidad de su carácter. Guardaba mi mente el recuerdo de claros varones que tuve ocasión de conocer y tratar y que por lo recio y rectilíneo de sus idiosincracias respectivas habían dejado tras sí nítida estela en varias actividades de la vida española o americana, y aquella lista mental, en cuanto hube tratado a don Jacinto lo suficiente para percatarme de sus grandes dotes, se acrecentó con un nuevo nombre.

Entre los innúmeros relojes que nos circundaban, desacordes entre sí en la computación del tiempo, a semejanza de los hombres en la apreciación de los diversos valores políticos, religiosos o artísticos, había uno — el que encerraba las innovaciones de los ingenios humanos — que daba la hora exacta con tranquilo, suave y sedante son, como queriendo indicar que es menester mirar a la vida con serenidad y sosiego: parecíame siempre una imagen de don Jacinto con su agudo y justo criterio, con su hablar reposado y persuasivo.

Han pasado los años. De aquellos tertulianos sólo quedamos don Francisco y yo ante la puerta del misterio. Los demás transpusieronla ya. Y yo, respetuoso siempre con los mayores, y admirador ferviente de los polifonistas, entre los cuales cuento a don Francisco, si el destino me lo permite, le cedo, reverente, el paso...

José M.^a Beobide.

qué gracia más fina ponía en las «Campanadas», que eran como la sección de noticias del periódico!

Era muy amante de las Bellas Artes, sobre todo de la música y dominaba el italiano, que le servía para escribir, fingiéndose corresponsal del periódico en Roma, las más saladísimas cartas sobre asuntos locales en estilo *macarrónico*. Podría asegurarse que fué el inspirador de «El duo de la Africana». ¡Cuánto regocijaban las susodichas cartas a sesudos varones, sesudos entonces y ya fallecidos, entre los que recuerdo a Barriocanal, farmacéutico, Canales, sastre, Diez, impresor, y otros muchos.

Otra cualidad que le adornaba, hermanada con la sencillez, era la de su amor al campo. Tenía entrada libre (y yo le acompañé muchas veces) en todas las granjas, casas de campo, molinos y huertas de las cercanías de la ciudad, donde era queridísimo y se apetecía su visita.

También era buen cazador.

Sus paseos favoritos eran la Isla y la Quinta, sobre todo la Quinta hasta el Depósito de Aguas, constituía su mayor encanto (podría decir nuestro mayor encanto).

Quiero recordar que fué en 1886 cuando publicó un tomo de poesías, en el que demostró sus dotes de poeta de altos vuelos. Mereció un juicio favorable de la crítica de algunos periódicos de Madrid.

Pero sobre todo, Jacinto Ontañón y Arias era la bondad y la modestia personificadas.

El fué quien cuando íbamos de paseo y le leía con la fogosidad propia de mis 20 años las letrillas que publicó *El Papa-Moscas* (una de ellas le valió la iniciación de un proceso político periodístico), me bautizó con el pseudónimo.

Francisco Gómez Martínez

«FOGONAZO».

Salamanca, 1933.

LOS COFRES DEL CID

EN los tiempos ya lejanos de nuestra mocedad, publicóse en Burgos, con el título de *Páginas Castellanas*, y como recuerdo de la feria de San Pedro y San Pablo del año 1881, una revista ilustrada, compuesta por varios escritores y dibujantes burgaleses, de los cuales quizá sean hoy los únicos supervivientes, nuestros queridos amigos y correligionarios don Francisco Vega de la Iglesia y don Manuel Izquierdo.

En dicha revista apareció un artículo firmado por Santiago Arcocha, rechazando amargamente la veracidad de cierta famosa tradición, que nos ha sido transmitida por los poetas medievales, según la cual el héroe castellano Ruy Díaz de Vivar obtuvo de unos negociantes judíos un préstamo de dinero con la garantía prendaria de dos cofres cerrados, llenos previamente de arena, que fueron entregados a los prestamistas, por el caballero burgalés Martín Antolínez. El articulista, juzgando tal episodio como fabuloso e inmoral, y en su deseo de borrar un hecho que, a su modo de ver, empaña la gloriosa fama del Cid, pedía al Cabildo de nuestra Catedral que hiciera desaparecer de la capilla del Corpus Christi el rótulo «Cofre del Cid», que está colocado debajo de un mueble viejo, y que lo sustituyera por otro que dijese: «Antiguo Archivo común de esta Iglesia».

Colaboró también en aquella revista, como poeta y cronista de la feria, el inolvidable periodista Jacinto Ontañón, a quien el que traza estas líneas, joven entonces, se tomó la confianza de dirigirle esta pregunta:

—¿Qué opina usted, don Jacinto, del artículo sobre el cofre del Cid?

—Yo te diré—contestó Ontañón, con su habitual humorismo—. El amigo Arcocha se asusta de poco. No veo nada de particular en que un guerrero, que sale desterrado de su país, acaudillando a un crecido número de combatientes, mientras llega la ocasión de pelear contra el enemigo y lograr algunas conquistas, necesite arbitrar recursos para sustentar a sus huestes; y lo cierto es que los poemas, que relatan las hazañas del Cid, no dicen que obtuviese tales recursos por otro procedimiento más caballeroso. Hay que tener en cuenta que la ciencia económica, en aquella época, no había creado aún las pólizas de préstamo, y que además el romancero pone en boca del Cid estas palabras llenas de dignidad:

«Que aunque cuidan que es arena
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad».

Nos complacemos en reproducir lo que nos dijo el maestro Ontañón, porque coincide exactamente con nuestro modesto modo de pensar sobre este asunto; pues no pudiendo el Cid a la sazón, disponer libremente de sus bienes, tal vez se viera forzado a emplear el vulgar y burdo procedimiento de la prenda engañosa, sin que por ello sea lícito atribuirle en modo alguno el más leve intento de cometer una estafa, ni de burlar el cumplimiento de su compromiso.

Lo que parece estar fuera de duda es que el mueble mencionado no pudo ser utilizado por el Cid, porque ni siquiera pertenece a la época en que éste vivió.

En la segunda década del siglo XVIII, cuando Fr. Francisco de Berganza escribió sus *Antigüedades de España*, ese baúl existente en la Catedral estaba destinado a servir de archivo para los documentos comunes a la dignidad arzobispal y al Cabildo; y al propio tiempo, según así puede leerse en el libro quinto de dicha obra, se conservaban todavía dos cofres del Cid, el uno en la iglesia de Santa Agueda, de Burgos, colocado encima de la puerta principal, a la parte de adentro, y el otro en el Monasterio de San Pedro de Cardena, pendiente de dos cadenas, al lado izquierdo del panteón.

No sabemos si algún curioso investigador ha podido practicar averiguaciones encaminadas a determinar cuándo fueron retirados estos dos cofres de los sitios donde se conservaban y cuál haya sido su ulterior paradero.

Por nuestra parte consideramos superior a nuestras fuerzas el tomar a empeño la ejecución de ese difícil trabajo, pues aún gravitan sobre nuestra memoria estas palabras de un docto catedrático: «Las tradiciones son comúnmente falsas en lo que respecta a la verdad o fondo del hecho que entrañan; casi siempre en los detalles».

Ignacio Casas.

Para finalizar estas breves líneas, contaré a los pacientes lectores una anécdota que no deja de tener gracia.

Cierta tarde, después de comer, dije en casa que me iba a visitar a unas parientas monjas de un convento de esta provincia; mi buena hermana me contestó:

«No vayas hoy porque es día de retiro y no te recibirán». «¿Que no me reciben? Saca de la despensa una bacalada. «Y provisto de ella llegué al convento y llamé. La hermana tornera, una bondadosa vieja, en cuanto me conoció me negó de plano la visita. «Bien, bien — la dije — ; siento mucho no ver a las monjas, pero me llevo una bacalada que las traía». Ante este anuncio, la viejecita tornera, con voz temblona, replica: «Vaya, vaya, qué malo es éste don Luis. Espere, espere usted, que voy a decírselo a la abadesa». Y la puerta se abrió, consiguiendo la visita que me proponía.

Pues bien; al día siguiente se lo contaba yo al pobre Jacinto y las risas y el buen rato que le produjo el suceso, hizo que me lo recordara a cada instante que la ocasión venía a cuento.

Y así fué que, cierta vez que tenía yo que visitar para un asunto que me interesaba, a un personaje enfatuado, y al decir de las gentes, de escasa honorabilidad, me encontré en el camino a Ontañón y le referí a lo que iba en aquel momento y mis temores sobre el éxito de la visita. «Mira — me dijo con mucha gracia e intención — , llévale una bacalada».

Luis Gallardo.

EL homenaje que se rinde a la buena memoria de aquél gran periodista y entusiasta burgalés, Jacinto Ontañón, significa el pago de una deuda de justicia, deuda que no se cancelará por completo hasta tanto que todos los habitantes de Burgos, sin distinción de clases ni ideologías y con el Ayuntamiento a la cabeza, acuerden honrar de un modo imperecedero al escritor que dedicó su vida entera a enaltecer la ciudad, a cantar sus glorias y a laborar por su engrandecimiento.

El periodismo, que es lucha sin tregua y que va dejando en las zarzas del camino a tantos y tantos desheredados de la fortuna, depara alguna vez su galardón al que consumió arrestos y energías en la defensa de un ideal político que triunfa o sirvió a un Mecenas agradecido; pero el periodista que como Ontañón consagra cincuenta años día por día a defender los intereses de la ciudad de sus amores sin gustar otras mieles que la interior satisfacción del deber cumplido, no debe quedar expuesto a que un compañero de ultratumba le recuerde con ironía que «los pueblos escriben sobre arena los beneficios que reciben».

V. Castro Les.

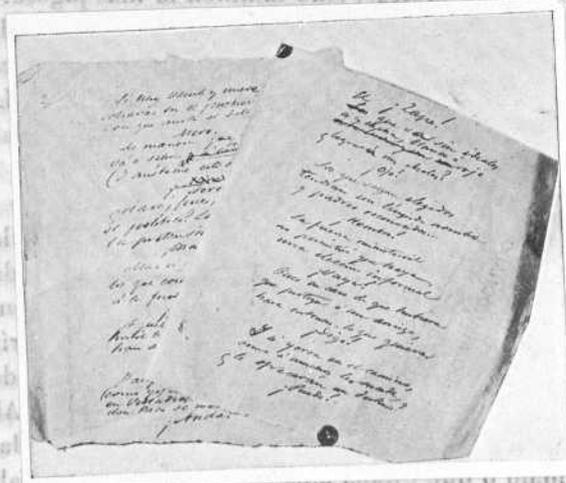
ME considero obligado a colaborar, aunque sea modestamente, al noble empeño de rendir merecido tributo de admiración y gratitud a la memoria de don Jacinto Ontañón, figura venerable que puede servir de ejemplo en el presente.

Tres burgaleses ilustres, amigos fraternales, hombres buenos, de cultura universal, con los que Burgos está aún en deuda: don Jacinto Ontañón, periodista de elevada estirpe, director de *El Papa-Moscú*; don Anselmo Salvá, cronista de la ciudad, erudito historiador, y don Julián Chave, profesor de la Escuela Normal de Maestros, matemático y poeta, han ejercido una influencia decisiva en la vida espiritual de nuestro pueblo. El libro de mis memorias, en el capítulo correspondiente a la edad de las ilusiones, que no volverá, registra con caracteres indelebles la primera conversación que sostuve yo, casi un niño, hace veinticinco años, con estos tres hombres venerables, y la impresión imborrable que dejaron en mí su gran cultura, su bondad, su gran ingenio. Paternalmente, con palabras de elogio (las pronunciaba mi querido profesor), me presentaban a don Jacinto Ontañón, para encargarme de la educación de su hijo Eduardo.

Desde entonces, todos los días, a la misma hora, ya enfermo, catarroso, envuelto en una manta zamorana, y rodeado de montones de libros, le ví durante tres años consecutivos trabajar incansablemente con aquel semblante de bondad que no perdió nunca, porque, hombre superior, supo sobreponerse al dolor. De ideas nobles, elevadas, perteneciente a la generación de hombres selectos, don Jacinto Ontañón encerraba en un fondo de excesiva modestia envidiables dotes personales, una gran cultura y un fino ingenio puesto al servicio del periodismo.

Yo le contemplé admirado cuando trabajaba sin descanso y escuché con religioso silencio sus sabias enseñanzas.

Por eso cumplo el deber de contribuir a ensalzar su memoria con estas flores impregnadas de las esencias más delicadas de mi corazón.



Cuartillas de Jacinto Ontañón, hechas frecuentemente con prospectos anunciadores y sobres.

INDICE

AIRE Y REGOCIJO DE JACINTO ONTAÑÓN

LA obra de periodista tan auténtico como fué Jacinto Ontañón, tiene grandes dificultades para la antología. No solo por andar desperdigada, además de desaliñada por la premura de tiempo que exigen siempre las faenas periodísticas. También por esconderse en el anónimo, en artículos y notas y versos y letrillas sin firmar. Y última, aunque principalmente, porque desplazada de su lugar y fecha en el que tuvo otro valor de oportunidad e intención, puede aparecer tan fofa y desabrida como pelotón desinflado.

Por todas estas cosas, más que con la breve antología con que debiera acabar este folleto a su memoria, hemos decidido terminarle con una nueva relación de noticias sobre su actitud preferida, la de periodista, autor y creador de secciones que daban personalidad y gracia y justa amenidad al periódico salido de sus manos.

SINFONIA. — Era ésta no sólo la sección primera y más definitiva de *El Papa-Moscas*, sino también la más jugosa. En forma de diálogo, de sabroso y rotundo diálogo entre «Papa-Moscas» y «Martinillo», que son los dos muñecos de madera que accionan el reloj catedralicio, se comentaban allí los sucesos más importantes de la ciudad o de la nación. Las «Sinfonías» fueron un modelo de gracia y socarronería, como luego lo han sido las «Charlas al sol», de «Heliófilo».

El estilo de Jacinto Ontañón, ni alicorto ni alilargo, en el justo medio que, como virtud, marca el buen decir castellano, estaba en ellas más latente y bien representado que en ningún sitio. El dicharacho, la broma, la zumbonería, todo lo que es humorismo natural y sencillo y campechano, saltaba por aquel diálogo regocijado con toda la alegría y buen decir de nuestros más joviales autores, y en esto Ontañón recordaba las alborozadas jornadas de Fray Antonio de Guevara y Baltasar del Alcázar, y aun la jovialidad del Arcipreste... Recordaba, sin que esto pretenda decir que era tan bueno o tan malo o que estaba ajustado a aquello o dejaba de estarlo. Recordaba, y lo recordaba más como humorismo nacional, como inclinación natural del escritor español a todo lo que es llano y regocijado, que como predispuesta imitación.

CAMPANADAS.—La sección inmediatamente siguiente era ésta de las «Campanadas», una especie de noticias animadas por la chacota, que a través de los distintos periódicos y épocas en que vivieron, fueron titulándose «Chafalditas», «Cuchufletas», «Chirigotas», «Chilindrinas», y «Chilindrinas», cuyos títulos dan también buena idea del uso de la palabra ajustada y bullanguera que Jacinto Ontañón tenía para sus escritos.

Sin embargo, lo de «Campanadas» fué además de lo más apropiado, ya que «Papa-Moscas» y «Martinillo» tienen un claro antecedente campaneril, lo que más éxito tuvo entre sus lectores.

La «Campanada», una nota breve, en prosa o verso o de las dos maneras, era un comentario para cada sucedido risible. Por una de éstas hubo un disgusto periodístico entre don Torcuato Luca de Tena, que comenzaba a publicar sus periódicos en Madrid, y don Jacinto Ontañón, que desde Burgos estaba atento a todo movimiento, fuera jocoso, local, nacional o internacional. Disgusto del que dió cuenta Luca de Tena en una de las últimas entrevistas que le hicieron, aunque de manera cordial y halagüena, puesto que no sólo reconocía la razón al periodista burgalés, sino que además contaba que fué el motivo de llegar a una amistad con él.

PARRALERAS.—Junto a las «Campanadas» aparecía de vez en cuando otra sección llena de jovialidad que se titulaba «Parraleras», adoptando el nombre de uno de los paseos más populares y concurridos—con merienda, guitarra y bota—de Burgos.

Las «Parraleras» que—como todo—tenían un buen acento popular, tomaban casi siempre la forma de seguidillas, y allí se soltaban las más ingeniosas «vayas» a municipales y diputados, a «merendones» y paseantes.

MAS SECCIONES.—Había también en el periódico de Jacinto Ontañón el comentario a las sesiones municipales, en verso siempre, muy ingenioso y divertido por cierto, titulado «En el Olimpo»; la insustituible sección de noticias—«De brevis et breve»—hasta la que muchas veces llegaba el comentario jubiloso y desenfadado; la de noticias retrospectivas—«Burgos hace 35 años»—, que fué el periódico que la inició; la de «Burgaleses ilustres», unas amenas biografías que eran leídas con fruición y en las que aparecieron por primera vez datos sobre muchos burgaleses de pro; la de «Burgos y sus monumentos», que unas veces en forma de artículo y las más de folletín, daban cuenta de cosas que todavía permanecen



El tomo I de la importante obra de Jacinto Ontañón sobre Historia de Burgos.

desconocidas y olvidadas para los más decididos exaltadores de la región...

CAMPAÑAS.—Tan incontables son las realizadas por Ontañón desde todos sus periódicos, que no vamos a citar más que las tres más interesantes: una sobre el frío burgalés, expuesto siempre a las mayores fantasías; otra, constante, sobre arbolado; otra dando a conocer las actividades y fervores de los españoles en Cuba, en lo que—como no hace mucho ha dicho un periodista burgalés—era el periódico de Jacinto Ontañón una especie de cordón umbilical entre los castellanos de América y nuestra región.

ANECDOTARIO.—La gracia de Ontañón era tan pródiga, que no se ajustaba solamente a las cuartillas, sino que se daba a cada momento y en cada comentario, y hasta en la mayoría de los dibujos que hacía en periódicos y mármoles frecuentemente, pues a pesar de su aspecto tranquilo—satisfecho—, por dentro le bullía la inquietud del hombre lleno de comentarios y apreciaciones y cosas que decir.

Jacinto Ontañón era hombre extraordinariamente aficionado al campo. Aun en el invierno, cuando el tiempo no se presentaba a propósito para andar de excursiones, salía a la granjas y casas de los alrededores burgaleses.

Pues bien. En este constante convivir con los campesinos, la anécdota ocurrente y divertida se producía con mucha frecuencia. Una vez hizo creer a una aldeana que tenía un perro tuerto, que él tenía otro con un ojo de cristal.

—Yendo de caza le dejé sin él, de una perdigonada, y luego al llegar a casa, le compré éste que lleva, bien parecido de color y todo...

La campesina, con las manos en la cabeza, no salía de su asombro.

—¡Lo que es la cencia, válgame Dios!—repetía.

En otra ocasión, llegaron a un pueblo destemplado y fríolero, de esos de la alta paramera, donde en el mejor día de verano hay grandes galopeos de viento fresco.

—¿Pero es que no ha llegado todavía aquí el clima?—preguntó.

—No señor—dijo muy convencido el primer campesino.

De caza, que fué su distracción favorita, acaso más que por la caza misma por su afición a la andada campesina, el anecdotario es interminable.

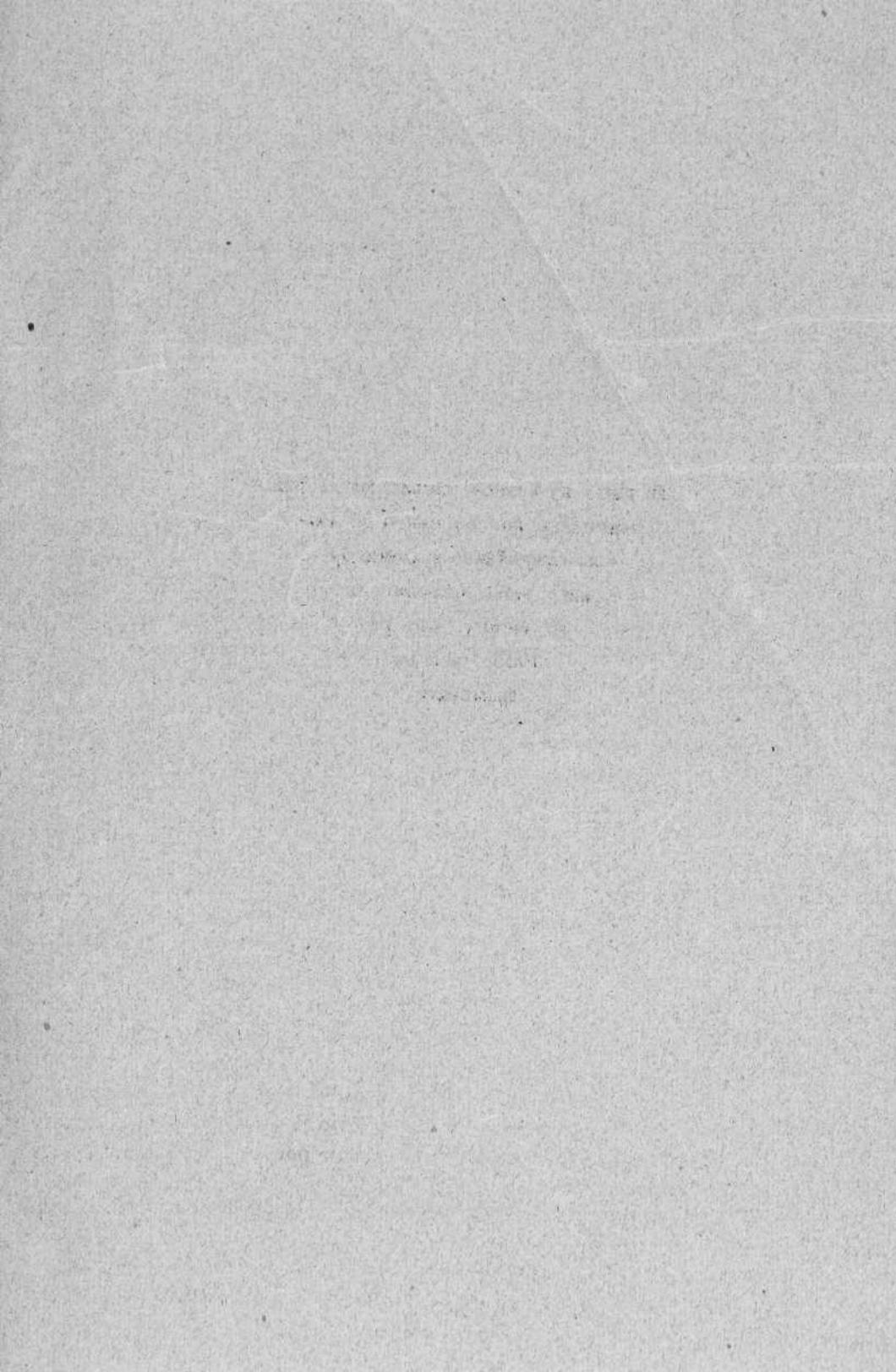
Contaba él que una vez preguntó a un pastor por una pieza que debía haber pasado por allí malherida.

—¿Era, así, muy grande?—vocó el pastor desde su altillo.

—¡Sí, sí, muy grande!

—Pues no la he visto...

Pero, por no hacer interminable esta relación y este folletó, ponemos aquí punto final.



SE EDITA EN BURGOS, CIUDAD NATAL DEL
PERIODISTA, POR UN GRUPO DE AMI-
GOS, COMPAÑEROS Y ADMIRADO-
RES, PARA CONMEMORAR
SU FIGURA. AÑO DE
1933, XVI DE
SU MUERTE

